

su vida, engendran en su individuo otro individuo superior que se llama patria, espíritu nacional.

(De sus conferencias sobre *La Civilización de los cinco primeros siglos del Cristianismo*. Tomo I, pág. 14. 1858-1862.)



XII

SIN la idea de personalidad se perdería la idea de la libertad, y con la idea de libertad, la ley sublime de la variedad en la vida. Y así como el sincretismo religioso mataba la personalidad, el sincretismo político mataba la nacionalidad, mataba la patria. ¿Y concebís la vida sin la patria? Por eso, señores, en el período del siglo tercero, que la historia augusta cuenta, y se llama período de los treinta tiranos, en ese período veo un despertamiento de la idea de la patria en el esfuerzo triste, desesperado, que para tener un César propio hacen las naciones. No era posible que Roma viviese mucho tiempo fundándose su vida en el aniquilamiento de la patria. ¿Quién no siente el amor á la patria en el corazón? La patria,

tierra sagrada de cuya savia es la sangre de nuestro cuerpo; hogar del espíritu que guarda nuestras primeras ilusiones, nuestros primeros amores; templo donde se ha perdido la primera oración que ha exhalado el alma y donde deseamos que se pierda el postrer suspiro que se escape de nuestro pecho; la patria, cuya historia es nuestra misma historia, cuya honra es nuestra misma honra, cuyos dolores son nuestros dolores, cuyas esperanzas son nuestras esperanzas, porque en su seno guarda las cenizas de nuestros padres, las reliquias de todo lo que hemos respetado y querido; porque está amasada con la sangre de nuestros progenitores, y porque sobre su sagrado suelo ha caído la santa lágrima de dolor que costó á nuestras madres nuestra vida; la patria se levantará siempre á reclamar nuestra existencia; que entre la tierra de que somos hijos y el espíritu, ha puesto Dios armonías eternas, y por eso serán siempre en la memoria de la humanidad santas las guerras intentadas por los pueblos para recabar el suelo patrio, y por eso bajaremos eternamente la cabeza todas las generaciones ante la sencilla ins-

cripción de las Termópilas, donde se cuenta el sacrificio de los trescientos espartanos; y besaremos con respeto el polvo de Zaragoza y de Gerona; y saludaremos como el héroe de nuestro siglo al poeta, al ángel caído, que llevando la duda enroscada al pecho, muere después de haber peleado por la independencia de Grecia, eterna patria de su espíritu; y mientras maldecimos á los tiranos que han aherrojado á Hungría y se han repartido como chacales los huesos de Polonia, saludemos alborozados á Italia, la eterna mártir de la historia moderna, que se levanta del polvo y llama á todos los esclavos á una santa cruzada; pues los pueblos que derraman su sangre por la patria, son los soldados de la libertad, son los soldados de la civilización, son los soldados de Dios. Y he aquí, señores, como la caída del imperio romano no debe acongojarnos, porque van á salir de sus restos, el primer albor de la libertad y el primer bosquejo de la patria.

(De las conferencias *La Civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*. Tomo IV. 1858-62.)